

“En el nacimiento del río la única belleza fue destruida,
no hubo tierra ni sueño azul.
Desde ese cuerpo que se agita entre las ruinas de su historia,
nace el río y la poesía, como justicia,
pero también como venganza ante la violencia:
palabra por palabra, letra por letra.”
–Daniela Catrileo.*

Desde tiempos ancestrales el encuentro de ríos y caminos ha sido significado como sitios sagrados, por comunidades andinas, quechua y aymara. La junta de dos ríos es vista como *senderos acuáticos*, donde suelen darse baños y depositar diversas ofrendas durante fechas acordes al calendario ceremonial de cada territorio. Asimismo, en estos sitios podrían habitar ancestros tutelares, que cuidan y resguardan los ecosistemas circundantes, lo que los define también como puntos de encuentro entre la vida y la muerte.

Tinku Mayu, del quechua, se refiere tanto al lugar donde el río se bifurca o abre, o, por el contrario, donde se posibilita el encuentro y la fusión con otro río. En ambos casos, el *tinku* de los ríos simboliza el *encuentro / desencuentro* de dos fuerzas, dos energías y sus memorias, donde cada afluente porta diferentes sedimentos, arrastrando tierras y riberas, tejiendo los colores de sus caudales, creando círculos y remolinos. Nuestras memorias viajan como ríos por el Valle. Ciclos vitales que se dejan llevar por el caudal del río desde la cordillera al mar.

El nacimiento del Río Mapocho surge en el encuentro entre las aguas de dos ríos cordilleranos. Desde el norte, la bajada del río San Francisco que recibe las aguas del estero Yerba Loca proveniente del Glaciar La Paloma y el Apu Wamani o cerro El Plomo, principal guardián del Valle del Mapocho. Y desde el sur, viaja el Río Molina proveniente del estero que nace en el Cerro Cepo. Ambos ríos están demarcados como flujos de la ritualidad, esto lo indican tambos incas que se encuentran a medio camino hacia el Plomo y hacia el Cepo.

En este sitio sagrado, hoy existe una ermita junto a una virgen que contempla y tutela el nacimiento del río y su deriva hacia el Valle del Mapocho. Su presencia viene a marcar la profunda herida colonial que se superpone en cada punto de ritualidad para suplantar de evangelización, *extirpando toda idolatría*. Así también, es un espacio históricamente asediado por el extractivismo minero, desde 1867 opera una mina abierta dedicada a la explotación de cobre hacia el nacimiento del río San Francisco. El proyecto ha continuado, sofisticando su extracción con nuevas tecnologías, conociéndose hoy en día como el proyecto Los Bronces Integrado, a cargo de Anglo American Sur. Recientemente fue aprobada su expansión para continuar su explotación con su consecuente contaminación de las aguas, aires y glaciares del valle.

La cruel encrucijada de la modernidad neoliberal, sitúa al Mapocho en la centralidad y protagonismo del valle, y simultáneamente, lo termina negando e invisibilizando como forma residual a los ojos de la ciudad. Sin embargo, el río es el fundamento del Valle, la razón de su existencia. Nuestras memorias recientes y ancestrales se entrecruzan en relación a este río y sus múltiples riberas temporales, la memoria del Valle que se fue entretejiendo en distintas capas, creando infinitas visualidades y experiencias de la ciudad.

Aquí en el origen del río, nace nuestra territorialidad.

* Daniela Catrileo, El nacimiento del río o poética del río: Iñche Daniela Catrileo Pingón. <https://revistas.unc.edu.ar/index.php/heterotopias/article/download/27287/28938/80856>